

Transformaciones en la organización de la afición futbolística en México: El surgimiento, territorialización y criminalización de las barras (1995-2014)¹

Roger Magazine² y Sergio Fernández González³

Resumen: Las prácticas de los aficionados al fútbol profesional en México han sido marcadas durante los últimos veinte años por dos cambios, aunque no revolucionarios, si profundos: primero, el surgimiento de grupos de animación denominados “barras” y, subsecuentemente, la “territorialización” de las barras y la “barrificación” de colonias populares. Las barras son grupos compuestos por jóvenes quienes oponen sus objetivos y prácticas a los de los otros aficionados, de las directivas de los clubes y del gobierno y las otras estancias de poder. Su territorialización se refiere a la división de estos grupos en sub-grupos por barrios de origen, y la barrificación de los barrios se refiere a la nueva asociación de las bandas juveniles en los barrios con las barras de los diferentes equipos de fútbol. En este artículo, se analizarán estas formaciones sociales emergentes y sus relaciones con las prácticas y los discursos de la violencia y la criminalización.

Palabras claves: México, aficionados al fútbol, barras, criminalización

Abstract: The practices of football (soccer) fans in Mexico have undergone two profound changes over the past twenty years: first, the emergence of groups known as “barras,” and subsequently the “territorialization” of the barras and the “barra-ification” of working-class neighborhoods. The barras are groups composed of young people who oppose their objectives and practices to those of other fans, club management and the government and other power holders. Their territorialization refers to the division of the barras in sub-groups organized around neighborhood membership, while the barra-ification of the neighborhoods refers to the new association between neighborhood youth gangs and the barras that support different teams. In this article, we will analyze these emergent social formations and their relationship to practices and discourses of violence and criminalization.

Key words: Mexico, football fans, barras, criminalization

¹ Los autores agradecen a la Dirección de Investigación de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, por su generoso financiamiento del trabajo de investigación sobre el cual está basado este capítulo. Segmentos de este artículo fueron publicados anteriormente en el capítulo “La afición futbolística y la violencia en México: 1995 a 2012” del libro *Violencia en el fútbol: Investigaciones sociales y fracasos políticos* (José Garriga Zucal, coord. Ediciones Godot, Buenos Aires, 2013).

² Profesor e investigador del Programa de Posgrado en Antropología Social, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. roger.magazine@ibero.mx

³ Estudiante del Programa de Doctorado en Antropología Social, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.

No es posible tratar de forma exhaustivo el tema de la organización social de los aficionados al fútbol profesional mexicano en este artículo. Por lo tanto, lo que hemos decidido hacer aquí es describir, en términos generales, dos cambios radicales en la organización de los aficionados mexicanos que han ocurrido en los últimos quince años y cómo estos cambios han influido en la representación y el trato de los aficionados organizados por parte de los medios de comunicación, las directivas de los equipos, la policía y otras autoridades.

Ambos cambios están estrechamente relacionados con algunos procesos que han transformado la sociedad mexicana significativamente durante los últimos años. Estos procesos incluyen la liberalización de la economía, la supuesta democratización del sistema político, el debilitamiento del sistema de corporativismo clientelar estatal y el aumento de la distancia social y económica entre pobres—concebidos, cada vez más, como peligrosos y violentos—y ricos—que reaccionan encerrándose en enclaves privados.

Llamamos barra-ización de la afición futbolística al primero de estos cambios. Éste se refiere al surgimiento, a lo largo del país, de grupos de aficionados jóvenes que se autodenominan “barras”. Estas adoptan estilos suramericanos y europeos de alentar a sus equipos, toman una posición antagónica a varias figuras de autoridad (incluyendo las generaciones más grandes de edad, la directiva del equipo y la policía) y se oponen a la dominación clientelar ejercida por dichas autoridades. El segundo cambio, que describimos como la territorialización de las barras y la “barra-ización” de las colonias urbanas, se refiere a la emergencia, dentro de las barras, de sub-grupos asociados a diferentes colonias populares de las ciudades y a la presencia de estos subgrupos en las colonias, frecuentemente al lado de subgrupos de barras rivales.

Los aficionados y las “porras”, 1995-1998

En 1995, antes del primer cambio radical, la afición organizada en los estadios de México consistía de grupos denominados “porras”. En general, eran grupos de menos de 50 personas y contaban entre sus integrantes principalmente a hombres de todas edades, aunque también a sus novias, esposas, hijas e hijos. Estos grupos eran reconocidos por las directivas de los equipos y muchas veces recibían boletos para los juegos. Se podría decir que existía una relación clientelar entre la directiva y los grupos o, más específicamente, la directiva y el líder del grupo, y entre el líder del grupo y sus otros integrantes. Este tipo de relaciones y de organización seguía el patrón más general

de la sociedad urbana mexicana durante el periodo continuo de poder del Partido Revolucionario Institucional (1929 a 2000), que ha sido llamado corporativismo y que ha sido descrito como una pirámide (Lomnitz, 1994). De hecho, se podría decir que las porras y sus integrantes formaban parte de esta pirámide nacional de relaciones y, además, reproducían internamente esta estructura piramidal.

La excepción, al menos en algunos sentidos, en aquel momento fue el grupo denominado “la Porra Plus” del equipo de los Pumas de la UNAM (Magazine, 2008). Este grupo era ligeramente más grande de los demás, con aproximadamente 150 integrantes. Otra diferencia era que el grupo tenía un porcentaje más alto de hombres jóvenes (entre 16 y 25 años de edad) que las otras porras del país. Esta diferencia se podría explicar por la asociación entre el equipo y la Universidad, o de manera todavía más importante, considerando que la mayoría no eran estudiantes, entre el equipo y su política de jugar con jugadores jóvenes. Esta asociación entre los Pumas, la Universidad y la juventud atraía un gran número de hombres jóvenes al estadio y al grupo. Una investigación con estos aficionados jóvenes de Pumas reveló que muchos explicaban su atracción al equipo por el hecho de que sentían algo en común con los jugadores jóvenes (Magazine, 2008). Más específicamente, decían que los empleadores no les dan trabajo por ser jóvenes sin experiencia y con el espíritu libre, y de la misma forma, los otros equipos no dan oportunidades a los jugadores jóvenes. Decían que en el equipo de los Pumas, en contraste, “dan chance a los jóvenes” y permiten que el espíritu libre de los jóvenes florezca en el campo creando un estilo de jugar ofensivo y apasionado que refleja su forma de apoyar al equipo desde las gradas. Así, los aficionados jóvenes se distinguían a ellos mismos y reconocían diferencias entre éste equipo y los demás. Decían que mientras los aficionados de los otros equipos se comportaban de una manera pasiva dentro del estadio, ellos realmente apoyaban a su equipo echando sus porras de forma activa y apasionada. La asociación histórica entre la Universidad, la crítica social y los movimientos estudiantiles también fomentaba esta oposición al resto de la sociedad.

A pesar de estas diferencias entre la Porra Plus y otras porras y de la actitud de oposición de esta primera, también tenía mucho en común con los otros grupos, al menos en 1995. Por ejemplo, el grupo tenía una organización jerárquica interna con un hombre de aproximadamente 45 años ocupando la posición de “presidente”. Él era quien organizaba y controlaba a los otros integrantes a través de prácticas paternalistas y relaciones clientelares. A su vez, este líder ocupaba una posición de cliente frente a la

directiva del equipo, la cual proveía entradas para los partidos a cambio de un comportamiento dócil dentro del estadio. Además, aunque los integrantes del grupo distinguían su forma de apoyar al equipo de la de las demás porras, se podría decir que esta diferencia fue más de cantidad que de cualidad. En otras palabras, aunque la Porra Plus se empeñaba en echar más porras y con más volumen, su estilo de seguir la dirección de un líder y gritar porras, chistes con doble sentido conocidos como “albures” y mentadas de madre eran iguales a los de las otras porras más pequeñas y menos opositivas.

Es preciso mencionar que a mediados de la década de los 90’s fue un periodo importante de cambio político, económico y social en México. Como ya habíamos mencionado anteriormente, desde 1929 el Partido Revolucionario Institucional (PRI) había gobernado el país a través de un sistema corporativista clientelar; en este sistema, los mexicanos en vez de relacionarse con el Estado como ciudadanos libres que formaban una sociedad civil, se relacionaban con el Estado y, en muchos casos entre sí, como integrantes de estructuras clientelares. El PRI, más que un partido político, era una corporación que abarcaba un gran porcentaje de la población a través de una estructura jerárquica piramidal, con el presidente de la república en la cima.

Esta situación empezó a cambiar en la década de los 80’s. con la caída del precio del petróleo, ocurrieron una serie de crisis económicas y, consecuentemente, la pirámide empezó a desmoronarse por la falta de recursos en la cima. Además, las reformas neoliberales al Estado impuestas por Estados Unidos y por el Banco Mundial para, supuestamente, revertir las crisis resultaron en la pérdida de más empleos y en la eliminación de muchos programas estatales de bienestar social. Con un Estado nacional debilitado, reducido y sin la posibilidad de controlar a toda la población a través de relaciones clientelares, surgió la posibilidad de una nueva libertad política y social. Ésta llevó a críticas al PRI y su sistema de gobernar no democrático. Libertad que se hizo ver en la elección presidencial de 1988 cuando el PRI tuvo que falsear los resultados electorales para conservar el poder. Dos sexenios después, en 2000, perdería la elección y la presidencia.

A nivel social, estos cambios se permitieron la emergencia de una sociedad civil libre del control del Estado, aunque a veces esta libertad era difícil de distinguir de la marginalización económica pues dejar de ser cliente significaba, para mucha gente, dejar de tener empleo en la economía formal con prestaciones legales. Los integrantes de la Porra Plus y otros jóvenes en el país estuvieron entre los más afectados por estos

cambios aunque no es claro que su marginalización fuera equivalente a quedar en un estado de caos. Las crisis económicas y los cambios políticos les cerraron oportunidades de trabajo y de estudio, pero se podría decir que los dejaron más libres para pensar en alternativas. En la Porra Plus, esto significó el surgimiento de un nuevo líder en 1994, quien proclamó que todas las decisiones del grupo serían tomadas de forma democrática. Como en la sociedad mexicana en general, la nueva organización de la porra mantenía rasgos significativos del sistema viejo clientelar. El nuevo líder ganó la primera elección para presidente del grupo y nunca soltó este puesto, usando relaciones clientelares para tratar de controlar a ciertos integrantes claves del grupo (Magazine, 2008). Sin embargo, su discurso democrático y su apertura parcial a la participación de los integrantes jóvenes en la toma de decisiones, le abrió a los últimos un espacio de encuentro donde desarrollaron una crítica al clientelismo que seguía existiendo, aunque de forma debilitada, dentro y fuera del grupo. Esta crítica se volvió inseparable de su afición futbolística y plantearon que Pumas se distinguía de los otros equipos por la libertad de sus jugadores jóvenes, y de ellos mismos, de las relaciones clientelares. Decían que esta libertad les permitía a los jugadores jugar, y a ellos apoyar, de forma apasionada, mientras en los otros equipos los jugadores y los aficionados eran clientes que seguían órdenes. Los jugadores y los aficionados del club América eran especialmente criticados de esta manera, la cual no es sorprendente si consideramos que su dueño, Televisa, era asociado cercanamente al PRI.

Fue con base en esta crítica al clientelismo que, entre 1996 y 1998, los integrantes jóvenes de la Porra Plus intentaron cambiar su forma de apoyar al equipo. Tomaron como modelo a los aficionados suramericanos y europeos, que veían con más frecuencia gracias a la difusión de la televisión por cable y empezaron a cambiar sus porras gritadas por cánticos. Además, se pusieron de pie durante todo el partido y agregaron nuevos movimientos corporales como los brincos y un movimiento ondeado de lado a lado mientras cantaban. Decían que los aficionados suramericanos y europeos, a diferencia que los mexicanos, apoyaban sus equipos con pasión. Plantearon además, que los nuevos cánticos y los movimientos corporales les permitían, a ellos también, expresar este tipo de pasión y romper con el control clientelar que apagaba esta expresión de sentimiento en los demás aficionados mexicanos. Los innovadores jóvenes intentaron quitar de su puesto al presidente y, cuando fracasaron, decidieron empezar un nuevo grupo.

Así surgió “El orgullo azul y oro” con el apodo “la Rebel” señalando claramente su posición en contra del *establishment*. Esta separación ocurrió en 1998 y, en unos meses, el grupo original de menos de 20 personas creció hasta tener más de 500 integrantes—más del doble que la Plus. Algunos de estos nuevos integrantes venían de la Porra Plus, pero la mayoría fueron atraídos por primera vez a un grupo de aficionados. Estos integrantes fueron atraídos por el llamativo estilo de apoyo del nuevo grupo que consistía en estar de pie durante todo el partido, brincando y cantando sin cesar. Es preciso notar que los fundadores del grupo declararon que no iban a tener líderes y no iban a aceptar nada de la directiva del club para evitar la formación de relaciones clientelares y el control desde arriba.

La “barra-ización” de la afición futbolística, 1998-2002

El grupo siguió creciendo hasta tener más de cinco mil integrantes. Un grupo de este tamaño, con una membresía compuesta principalmente por hombres jóvenes sin un liderazgo identificable que se hacía llamar “la Rebel” fue considerado una amenaza a la seguridad por parte de la directiva y otras autoridades. Consecuentemente, el club aumentó de forma significativa las revisiones de seguridad en la entrada del estadio y la vigilancia adentro. Es interesante notar que este supuesto peligro, en vez de disminuir la asistencia al estadio, atrajo a muchos aficionados que venían a observar y a cantar con la “Rebel” aunque no formaran parte del grupo. Los integrantes del grupo nos comentaron que su objetivo principal era animar a todos los aficionados del estadio a apoyar al equipo de forma apasionada durante todo el partido. Su oposición a las autoridades y al clientelismo era un medio para lograr este fin.

Este modelo de organización se difundió rápidamente entre todos los otros equipos y las otras aficiones del país (Magazine, Martínez López y Varela Hernández 2012). Al inicio del nuevo milenio se podía observar, en cualquier estadio de primera división y en varios de segunda, uno o más grupos, compuestos principalmente por hombres jóvenes, apoyando al estilo nuevo con cánticos y brincos. Aunque estos grupos variaban en tamaño, de forma consistente eran más grandes que las porras familiares con las cuales compartían las gradas. Además, todos demostraban una oposición a la autoridad que se podía observar a través de nombres como “Ritual del Kaos” o “Libres y Locos” y un discurso que contrastaba su propia libertad y pasión con la obediencia de las porras tradicionales a las directivas a través del clientelismo. Muchos grupos, incluyendo la “Rebel”, empezaron a categorizarse usando el término suramericano

“barra” para distinguirse de las porras. Incluso podría decirse que se definían en oposición a las porras tradicionales de sus propios equipos más que a los aficionados de otros equipos, aunque esto también era importante. Así, en un periodo de menos de diez años, la composición y organización social de las gradas a lo largo del país se cambió de forma radical con la introducción y difusión de las barras.

Con este cambio, todos los estadios y sus alrededores vieron un aumento en las medidas de seguridad parecido al que ocurrió en el estadio universitario, donde juegan los Pumas. Nos referimos principalmente al aumento en el control de los movimientos y de la ubicación de los integrantes de las barras dentro y fuera del estadio, a la vigilancia a través de cámaras de seguridad y a las revisiones corporales de los integrantes al entrar al estadio. También hemos percibido que los elementos de seguridad pública presentes imponen su control, en el momento en que se rompe la disciplina, a través de detenciones de individuos y de castigos al equipo que tienen repercusiones para la barra.

Queremos aclarar que nuestra posición es que el objetivo principal de las barras y sus integrantes no es la violencia. Como hemos descrito, las barras se presentan como grupos que apoyan a sus equipos de manera activa, apasionada e incondicional. Y es en concierto con esta presentación que han adoptado de los aficionados argentinos el término “aguante” para referirse a su capacidad y disponibilidad para resistir cualquier desafío a su apoyo. Este “aguante” incluye el reto físico de apoyar al equipo cantando y brincando durante todo el partido, a pesar del calor del sol o de la lluvia, del mal desempeño del equipo, de la falta de recursos económicos para llegar al estadio y para entrar a él, del uso de cantidades grandes de alcohol y drogas, de las trabas que pone la directiva hostil del mismo club y de la potencial amenaza de la policía y los aficionados rivales. En estos últimos casos el “aguante” puede implicar la necesidad de pelear contra la policía o contra grupos rivales y el hacerlo resulta en orgullo y prestigio, pero en general, pelear no es el objetivo del barrista. Más bien, “tener aguante” significa demostrar el amor al equipo y un carácter o una masculinidad valiente a través del auto-sacrificio. Hay casos de desprestigio e incluso de expulsión de personas que sólo buscan conflictos sin demostrar que sus acciones son para apoyar al equipo.

Se podría decir que, si existe un ambiente de violencia dentro y fuera del estadio, éste se debe más a la presencia y las acciones de la policía que a la de las barras. A diferencia de las barras, que van al estadio para apoyar a sus equipos y demostrar aguante, la policía está ahí para controlar los cuerpos de los integrantes de las barras. Su presenciase se ha justificado con la idea de que las barras son peligrosas para

el público en general y para los otros aficionados, pero como hemos planteado, esta idea se debe a la mala representación y a la deslegitimización de las barras. Estos hombres jóvenes organizados en grupos han sido etiquetados como “porros” que supuestamente usan el objetivo legítimo de animar a un equipo de futbol para esconder su propósito real que es provocar miedo y desorden a través de la violencia. Con el surgimiento y crecimiento de las barras en los primeros años del siglo XXI, pudimos ver, por parte de la prensa y en la vida cotidiana, expresiones de preocupación por el supuesto aumento de violencia en los estadios y la llamada “argentinización” de la afición mexicana. Así, los supuestos porros que instigaban a la violencia en las barras mexicanas eran imaginados, además, como inmigrantes argentinos que habían infectado a los aficionados mexicanos con sus costumbres violentas.

No creemos que valga la pena dedicar mucho espacio a refutar estas fantasías. En resumen, podemos decir que en vez de un aumento significativo de la violencia entre los aficionados, lo que se puede observar es un aumento de las medidas de seguridad justificado por los reportes en la prensa y un aumento de los reportes en la prensa sobre la amenaza de violencia, justificado por el aumento en la seguridad. La preocupación por la argentinización del futbol, aunque cierta en lo que refiere al estilo de apoyo de los grupos en el estadio y al uso de ciertos términos como “aguante” y “trapos”, tiene más que ver con una reacción xenofóbica frente al aumento de inmigrantes argentinos por la crisis económica en este país combinado con un aumento en las tensiones y la violencia en la sociedad mexicana en general que a un efecto del cambio en los estadios. Se podría decir que los argentinos y los integrantes de las barras en general fueron chivos expiatorios convenientes para explicar los aumentos en la violencia que, en realidad, no tuvieron sus orígenes entre los aficionados. Nuestra explicación, en contraste, es que las tensiones de la sociedad en general llegaron a los estadios. Un ejemplo de esto es el odio de los aficionados de otras ciudades hacia los del Distrito Federal, causado por un siglo de explotación centralista, como ya fue mencionado arriba. En la siguiente sección, describiremos otro ejemplo: el traslado, durante los primeros años del nuevo milenio, de la práctica de defender territorios de las colonias populares urbanas a los estadios.

La territorialización de las barras y la “barra-ización” de las colonias urbanas, 2002-2012

Hay una organización segmentaria de las barras que consiste en divisiones en grupos de integrantes que vienen de diferentes colonias (barrios) de la ciudad. En algunos casos, los integrantes de estos subgrupos territoriales se conocieron previamente en sus colonias, así que su reclutamiento ocurre en el barrio y no en el estadio. En otros casos, habrá quien se integra en el contexto del estadio a la barra y, posiblemente, a un subgrupo territorial. Los integrantes de los subgrupos conviven entre ellos en la colonia, incluso cuando el equipo no está jugando. Algunos se ven ocasionalmente mientras otros conviven diariamente en la escuela, en el trabajo, en sus casas, en parques y otros espacios públicos. Los grupos territoriales viajan al estadio juntos, adentro, se reúnen en la misma sección y a veces cuelgan *trapos* que proclaman su afiliación territorial. Sus integrantes pueden variar en número, entre 5 en el caso de barras pequeñas o subgrupos nuevos, hasta 60 en otros más constituidos. Estos subgrupos tienen uno o más líderes, conocidos como "capos", que coordinan las actividades del subgrupo con los dirigentes de la barra.

El tejido social más fuerte de la barra surge de estos subgrupos por las relaciones cercanas que se viven entre sus integrantes, que incluyen no solamente la convivencia sino también la ayuda mutua y la reciprocidad en cuestiones materiales y de protección. Las acciones colectivas (los movimientos de los integrantes, el apoyo al equipo, el aguante en sus diferentes formas) de los cientos, o hasta miles, de integrantes de la barra son posibles en gran medida gracias a este entretejido de relaciones cercanas entre los integrantes de la misma colonia. Los líderes de la barra, en vez de tener que movilizar o controlar directamente a los cientos o miles de integrantes individuales, lo pueden hacer a través de los capos de los subgrupos, que disfrutan de una fuerte lealtad por parte de sus compañeros de colonia. Por otro lado, esta organización en grupos barriales solidarios propicia conflictos internos entre los subgrupos y entre sus capos que pueden llegar a amenazar la integridad del grupo entero y fomentar un proceso de fisión y la formación de nuevos grupos.

Esta territorialización de las barras también ha implicado un cambio cultural: los grupos barriales han llevado consigo a los estadios nuevas formas de hablar y mover el cuerpo, gustos de música e indumentaria y prácticas como la ayuda en la adversidad económica y la defensa de un territorio contra grupos rivales. Incluso las barras de los equipos con una base de aficionados tradicionalmente clase-medieros, como los Pumas y el Atlas (de Guadalajara), han sido culturalmente "proletarizadas" a través de este proceso. Planteamos arriba que la preocupación por el supuesto aumento de la violencia

en los estadios es la continuación de una larga tradición de atacar y deslegitimar los grupos organizados de hombres jóvenes. Aquí queremos sugerir que la proletarización de las gradas de los estadios por parte de las barras ha añadido otra justificación para verlos como violentos, peligrosos y criminales. La nueva visibilidad en los estadios y en la televisión de movimientos corporales, estilos de vestir, de cortarse el cabello y de expresarse, que normalmente están fuera de las miradas de las clases medias y altas, da nueva vida a viejos prejuicios clasistas, prejuicios que asocian mecánicamente la cultura popular urbana y la violencia, y que provocan reacciones defensivas y miedosas. Los medios de comunicación reproducen esta estigmatización a través de sus reportes sensacionalistas acerca del conflicto y la violencia entre los aficionados. Proponemos que esta supuesta “invasión” de lo popular en los estadios se puede ver también de manera positiva y como un paso hacia la pluralización o democratización del urbe y de la sociedad; un paso con el que la gente de las colonias populares encuentra o crea la posibilidad para estar presente y expresarse en espacios públicos visibles a la población entera.

No queremos exagerar o dramatizar los conflictos violentos entre las barras dentro o fuera de los estadios, pero debemos señalar que sí llegan a ocurrir enfrentamientos. Al entrar y salir de los estadios, la policía hace lo posible para mantener separadas a las barras rivales. Pero a la salida del estadio la policía escolta a la barra hasta determinado lugar, pero después, los subgrupos pueden llegar a encontrarse fortuitamente, lo cual puede generar un enfrentamiento. Los subgrupos podrían sólo enfrentarse verbalmente o arrojarse objetos, pero a veces pelean cuerpo a cuerpo. Estos subgrupos cuentan dichos enfrentamientos a sus pares que, al ganar, los colocan en un status superior, en términos de aguante, en relación a la barra opuesta, pero también en relación a los otros subgrupos de su propia barra. A nivel individual, estas peleas son un momento para demostrar las habilidades para pelear y el aguante del miedo y del dolor. Estas demostraciones dan al individuo un momento de status en el subgrupo y la barra.

Si ha ocurrido una territorialización de las barras, también ha sucedido un proceso de “barra-ización” de las colonias populares urbanas de donde provienen la mayoría de los integrantes de las barras. Pero, antes de describir en qué consiste este proceso es necesario notar un contraste entre el caso de los centros urbanos más importantes de México y los de algunos otros países de América Latina en cuanto a la relación entre afiliaciones futbolísticas y territorios urbanos. En el caso de los centros urbanos más importantes de México donde hay más que un equipo de la primera

división, los clubes y sus estadios no están asociados con colonias particulares. Los equipos atraen aficionados de las diferentes colonias de su ciudad, y no hay colonias que apoyen exclusivamente a un solo equipo. Por lo tanto, es común encontrar en cada colonia seguidores de diferentes equipos de la ciudad. Incluso, no es extraño que los integrantes de la misma familia apoyen a diferentes equipos. Esto contrasta con los casos argentino y brasileño donde los clubes comúnmente tienen una asociación con un barrio particular, donde está ubicado el club y el estadio. En estas colonias, expresar una afiliación a otro equipo sería un acto insólito e incluso peligroso.

Antes del surgimiento de las barras, los aficionados de los diferentes equipos se encontraban en sus colonias exclusivamente como individuos o como pequeños grupos familiares. Más allá de algunas burlas o retos juguetones entre hermanos, vecinos y amigos, no había enfrentamientos serios ni violentos en torno a la afición futbolística. Esto no significa que no ocurrieran enfrentamientos o hubiera violencia en estas colonias. Una forma de esta violencia es, y sigue siendo, el enfrentamiento entre “bandas” de jóvenes que pueden llegar a pelear por permanecer en ciertos espacios o en ciertas actividades, como las fiestas dentro de la colonia. Desde el surgimiento de las barras, se ha agregado otro tipo de conflicto en las colonias: actualmente, los integrantes de los subgrupos territoriales de las barras de los diferentes equipos de la ciudad se enfrentan de forma seria y hasta violenta. De manera parecida a las bandas de amigos, los integrantes de las barras luchan unos contra otros por estar en ciertos espacios y actividades. Ahora, al lado de los grafitis que dejan las bandas para marcar su territorio, los integrantes de los subgrupos futbolísticos firman las paredes con los nombres y símbolos de sus respectivas barras.

Otro aspecto de la barra-ización de las colonias que se ha observado tiene que ver, no con las rivalidades, sino con la llegada a las colonias de ciertos símbolos y de prácticas que son comunes a las barras de los diferentes equipos. Por ejemplo, en los barrios se pueden llegar a ver estilos de vestir y escuchar cánticos y lenguaje proveniente de las barras. Por ejemplo, el concepto del aguante ahora se usa en las colonias dentro y fuera de los subgrupos de las barras. Este proceso se podría ver como la globalización de las colonias mexicanas por vía de la afición futbolística. Mantenemos que este proceso implica un cambio más en la forma que en el fondo de los comportamientos sociales en las colonias populares. Se usan nuevos estilos y lenguajes para expresar viejas rivalidades y tensiones dentro de los barrios.

La ley “Anti-barra” y la respuesta de los aficionados: 2013-2014

El sábado 22 de marzo de 2014 al final del encuentro entre los rivales locales, Guadalajara y Atlas, en el Estadio Jalisco, ocurrió un conflicto entre algunos aficionados de Guadalajara y algunos elementos de la seguridad pública que dejó un saldo de 21 policías y 30 civiles lesionados. La policía municipal al intentar decomisar agresivamente las bengalas que encendieron aficionados dentro del estadio fueron atacados. Las cámaras de televisión capturaron a unos aficionados golpeando a varios policías con sus mismos toletes (arma tipo bastón que utilizan estos grupos de seguridad pública) hasta dejarlos inconscientes. Estas imágenes fueron repetidas una y otra vez durante varios días por los noticiarios televisivos, acompañadas de comentarios de carácter criminal y salvaje contra los aficionados. De hecho, en los días subsecuentes, fuimos solicitados por varios medios para comentar acerca del acontecimiento y para explicar este comportamiento “salvaje”. En estas entrevistas, aparte de criticar el uso de este tipo de calificativos para los aficionados, quienes van al estadio para apoyar a sus equipos y no para pelear, mencionamos algunas partes de la historia que fueron ignorados en los reportajes. Primero, que los integrantes de seguridad del Estadio Jalisco, tienen vínculos con la afición de la barra del equipo Guadalajara y por eso permiten la entrada de bengalas. Sin embargo, para este evento hubo un dispositivo de seguridad fuera de lo normal que incluyó a 1200 efectivos, de los cuales 400 eran policías municipales. Lo que debería haber sido un punto de contención entre la seguridad del estadio y la policía municipal se transformó en un problema de los aficionados que fueron hostigados por su posesión de las bengalas. Segundo, según las quejas de los integrantes de la barra de Guadalajara puestas en las redes sociales después del partido, este día la policía les estaba agrediendo verbalmente y físicamente desde antes del partido en las afueras del estadio. Entonces cuando surgió el enfrentamiento más tarde, los aficionados ya estaban cansados de los abusos. Además, subieron a las redes videos de estos ataques de la policía antes del partido, pero ninguno de estas imágenes llegó a las pantallas de televisión, y los policías nunca fueron calificados como “salvajes” a pesar de que quedaron lesionados más civiles que policías en el enfrentamiento.

Reforma de la Ley General de Cultura Física y Deporte

Unos días después del incidente en el Estadio Jalisco, fue aprobada por la cámara de senadores y de diputados de la República Mexicana una reforma a la *Ley General de Cultura Física y Deportes*. Estas reformas ya estaban propuestas desde hace un año y medio antes del incidente, pero sus promulgares aprovechan el miedo provocado por los reportajes para lograr la aprobación de la reforma. La reforma establece una serie de castigos específicamente para acciones dentro de los estadios. Por ejemplo, el castigo por lanzar objetos contundentes a la cancha o por incitar o generar violencia es una sentencia de prisión de seis a veinticuatro meses y una multa de 30 días de salario mínimo. La participación activa en riñas es castigada con cuatro años de prisión y 60 días de salario mínimo. Mientras alguien que ingrese a la cancha sin autorización puede ser castigado con seis meses a tres años de prisión. Es preciso notar que estas sanciones son independientes de las que están establecidas en el Código Penal, así que el infractor puede ser castigado dos veces por el mismo crimen.

Aunque esta ley no especifique que está dirigida a aficionados y no a directivos, jugadores, etc., nos parece claro que echa toda la culpa por los problemas en los estadios a los aficionados y, en particular, a los integrantes de las barras. No contempla la posibilidad, por ejemplo, que las acciones de los aficionados son respuestas a las agresiones de la policía o que la corrupción o la mala planeación de las directivas y autoridades juegan un papel central en muchos de los conflictos. Además, en vez de intentar prevenir la violencia en los estadios, solo la castiga después del hecho. Nos preocupa seriamente que la reforma fue diseñada y puede ser usada no para castigar a los que amenazan la seguridad pública sino para facilitar la acusación, condenación y encarcelación de los jóvenes de clase trabajadora que se atreven a ocupar y expresarse en los espacios públicos y semi-públicos (como los estadios) de la ciudad. Los términos de la ley, como, por ejemplo, “incitar o generar violencia”, son suficientemente imprecisos para poder aplicarla a la discreción de las autoridades. También nos parece que tanto enfoque de los legisladores y los medios sobre la violencia en los estadios de fútbol constituye una estrategia para distraer al público de un nivel de violencia mucho

más alto que genera el crimen organizado (y, en el fondo, la falta de opciones económicas) en muchas partes del país, y frente a la cual los legisladores son impotentes.

El Movimiento “Hinchadas Unidas de México”

En respuesta a la reforma a la Ley General de Cultura Física y Deportes y a la difamación de parte de los medios después del conflicto en el Estadio Jalisco, ocurrió algo inédito en México: los representantes de algunas barras de Guadalajara, Toluca, Necaxa, América, Cruz Azul, Atlante, Pachuca y Pumas se reúnen el 7 de abril del 2014 en la explanada de Bellas Artes en el centro de la Ciudad de México, para iniciar el movimiento “Hinchadas Unidas de México”. Anteriormente, algunos líderes de los grupos se conocían y mantenían contacto, pero no había un esfuerzo por organizarse colectivamente. Este día acordaron unirse en una campaña de no violencia y de no estigmatización o criminalización de los grupos de aficionados al fútbol en México. Propusieron solicitar ser escuchadas y orientadas por las autoridades. A partir de esta primera reunión, los representantes de la campaña asistieron a varias entidades como: la Federación Mexicana de Fútbol (FMF), la Secretaría de Gobernación, y la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. También acudieron a la Asamblea Legislativa de Distrito Federal donde se encontraron con diputados como Felipe Muñoz (Presidente de la comisión de Juventud y Deporte) y Alejandro Robles (organizador de la mesa de discusión sobre “Violencia en los estadios de la Ciudad de México”, en la Asamblea legislativa). En la mayoría de lugares visitados entregaron un documento que habían redactado de no criminalización a los aficionados. Durante esta cruzada de las Hinchadas Unidas asistieron a la Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión donde externaron su rechazo total a las reformas a la Ley.

En estas estancias los aficionados exigieron que no se criminalice a la juventud participante en estos grupos organizados de animación en el fútbol mexicano y que se les haga valer sus derechos ciudadanos. Pidieron, además, que se capacite a las barras para saber los procedimientos correctos, en los estadios y fuera, según las autoridades. Solicitaron que se oriente y profesionalice a las corporaciones policiacas en programas de perspectiva juvenil, derechos humanos, protección civil, primeros auxilios y resolución pacífica de conflictos. También insistieron que las autoridades tienen la obligación de dar seguridad al ciudadano y de mantener abiertas vías de comunicación para dialogar con los ciudadanos. Citaron ejemplos de casos positivos en la Ciudad de

México, en los cuales las barras y las autoridades lograron acordar soluciones de convivencia, sin necesidad de violentar o detener a nadie, manteniendo el orden y la paz, además de la recreación del público asistente al evento deportivo. Argumentaron que estas experiencias positivas de soluciones efectivas dirigidas a la convivencia y la prevención no fueron tomadas en cuenta en la reforma de la ley. Es todavía demasiado pronto para saber si el movimiento de Hinchas Unidas logrará o no sus metas. Sin embargo, nos parece que el mismo surgimiento de un movimiento tan bien organizado y pacífico entre supuestos “enemigos” debe de servir como una demostración que lejos de ser salvajes anti-sociales, los integrantes de las barras tienen bien pensado su objetivo de apoyar a sus equipos, son capaces de defender este objetivo de manera legal y son, además, generadores de vínculos sociales.

Conclusiones

Las grandes transformaciones en la organización de los aficionados mexicanos descritas aquí les han puesto en la mirada mediática y pública. El surgimiento de las barras –grupos de aficionados con hasta 30 veces más integrantes que las “porras” que existieron anteriormente– ha significado que ocurren enfrentamientos de grupos rivales dentro y alrededor de los estadios que eran inimaginables hace 20 años. La barraización de los barrios, mientras tanto, ha significado que en los espacios residenciales, lo que antes eran rivalidades futbolísticas juguetonas entre amigos, vecinos y familiares, ahora tomen la forma de enfrentamientos, a veces violentos, por el control de lugares y territorios.

Mientras reconocemos este surgimiento de conflictos y violencia entre los aficionados organizados también queremos plantear la necesidad de no exagerar su frecuencia ni su gravedad. Como hemos planteado aquí, el propósito de las barras y de los subgrupos dentro de las colonias no es la violencia sino el apoyo al equipo y la demostración del “amor por la camiseta” a través de la práctica del auto-sacrificio denominado “el aguante”. Además, muchos de los conflictos y de la violencia están iniciados por la policía o resultan del mal manejo de los grupos de parte de las autoridades. Junto con este planteamiento, queremos sugerir que gran parte del pánico mediático y público se debe, no a la violencia en sí, sino a la asociación automática y clasista de la violencia y el desorden, por un lado, y a los hombres jóvenes de las clases trabajadoras, por el otro. El surgimiento de las barras ha puesto a estos jóvenes, a sus estilos de vestir y de hablar y a sus formas de expresión corporal a la vista del público.

Así, su simple presencia fuera de las colonias marginales provoca reacciones de miedo y se usa para justificar críticas, opresión e, incluso, una reforma de la ley.

También hemos tratado de sugerir que en contraste con la imagen de los hombres jóvenes de clase popular como desordenados, anti-sociales y violentos, el gran crecimiento de las barras es una reacción en contra de la dominación clientelar ejercida por las directivas de los clubes, por el gobierno y por otras autoridades. Los jóvenes buscan, a través de estos grupos bien organizados, las libertades prometidas pero no entregadas por la democratización política del país. En este contexto de marginación y aislamiento, muchos jóvenes han volteado a ver a las barras para encontrar, no sólo una vía de expresión sino también, pares que compartan las mismas frustraciones y aspiraciones que ellos. Recientemente han demostrado su capacidad de organización e innovación de nuevo. En respuesta a la reforma legal y la criminalización de los aficionados se han unido los integrantes de varias barras para formar el movimiento Hinchadas Unidas de México. Este movimiento tiene el fin de exigir los derechos de los aficionados y soluciones pacíficas a los problemas en los estadios y nos obliga, una vez más, a re-evaluar nuestro entendimiento de los aficionados organizados.

Referências bibliográficas

- LOMNITZ, Larissa (1994) *Redes sociales, cultura y poder: Ensayos de antropología latinoamericana*, FLACSO / Porrúa, México, D.F.
- MAGAZINE, Roger (2008) *Azul y oro como mi corazón: Masculinidad, juventud y poder en una porra de los Pumas de la UNAM*, Universidad Iberoamericana / Afinita, México, D.F.
- MAGAZINE, Roger; J. Samuel Martínez López y Sergio Varela Hernández (coords.) (2012). *Afición futbolística y rivalidades en el México contemporáneo: una mirada nacional*, Universidad Iberoamericana, México, D.F.